

LA SIESTA

Se levantó del sofá donde por primera vez en su vida se había quedado dormido sin sentirlo. Mientras se echaba agua en la cara tarareó una canción de moda. Hacía mucho que no cantaba, posiblemente desde que empezó con ese molesto dolor de pecho, unos diez meses atrás. Ahora se sentía muy bien, mejor que nunca. Respiró profundamente y hasta se dio unos golpes en el pecho al estilo Tarzán, costumbre que adquirió desde niño al hacer de ese personaje su héroe indiscutido. Tomó un café que él mismo preparó, cosa que antes nunca pudo hacer. No cabe duda que el hombre es un animal de costumbres, pensó, lo difícil es adquirir la costumbre, como es el vivir solo. Después ya todo es más sencillo. Desde que se divorció aprendió, además de hacer café, muchas cosas que ignoraba de su casa. En el espejo colocado sobre una pequeña cómoda Luis XVI, cerca de la puerta de entrada, se contempló una vez más para ver si no traía desarreglado el nudo de la corbata. Sonrió al ver que todo estaba perfecto. Sólo le molestaba un poco las canas que resaltaban sobre su cabello negro. Algún día tendré que teñírmelas, pensó, aunque así como están me dan un aire distinguido y sé que les gustan a las mujeres. Cuando pensó en las mujeres en plural lo hizo por costumbre de generalizar, ya que a él en ese momento sólo le interesaba su secretaria Teresa. Estaba apasionado. Sí, tenía que ser pasión, la de un hombre maduro por una joven, y no amor. Uno se enamora solamente cuando se es joven, cuando se tienen ilusiones. Pero un hombre a los cuarenta y ocho años de edad ya tiene una experiencia, buena o mala. En el caso de Teresa tenía la seguridad que ella lo aceptaría sin pensarlo dos veces. A él personalmente le atraía la idea ya que podría disfrutar de una mujer joven, tendría alguien que lo cuidara y lo acompañara. Pero el precio era muy alto: perder una secretaria eficiente, batallar con una familia política, gastos y más gastos y sobre todo

LA SIESTA

olvidar la libertad. Además qué tanto podía él satisfacer sexualmente a una mujer de veinte años. Lo mínimo. Después los celos. No, mil veces mejor seguir como estaba.

Qué raro, pensó cuando iba en camino a su trabajo. Ni el elevadorista ni el portero se presentaron a atenderlo. El primero pasa, ya que le gusta faltar los lunes, pero el portero siempre está. De seguro le dio una fuerte gripe. Encendió el radio, no para escuchar los noticieros que es lo que siempre hacía, sino para oír música alegre; su bienestar físico se lo pedía.

Accionó varias veces el botón del radio sin lograr que se escuchara ningún sonido. Estacionó el auto y fue a rectificar la altura de la antena. Volvió a encender el radio y hasta lo golpeó con la palma de la mano. ¡Porquerías! Se dijo, generalizando a todo el automóvil en su comentario. Cada día tiene que descomponerse algo, si no es el radiador, son las luces o cualquier otro aparato. Caro y malo. Signo de nuestro tiempo.

Condujo su auto otras cinco cuadras por la tranquila colonia donde habitaba sin poner mucha atención a lo solitario de las calles. No era lo normal pero tampoco era para llamar la atención. Miró su reloj para comprobar la hora. Eran las cinco cuarenta y cinco de la tarde. Buena hora para regresar a la oficina. Al llegar a la gran avenida sí fue grande su sorpresa al encontrarla vacía de autos y bicicletas. A esta hora el tráfico en esa vía es intenso, con excepción, claro está, de los fines de semana y los días feriados. Cuántas veces tuvo que detener su coche varios minutos viendo pasar autos con señoras que se iban pintando la cara mientras manejaban, funcionarios con sus guardianes viendo para todos lados mientras ellos hablaban por teléfono y leían un periódico, a jóvenes que conducían pequeños automóviles como si estos fueran obuses de guerra. Hoy la calle estaba vacía, ni un auto, pero tampoco los usuales transeúntes que a paso veloz cruzan el puente sobre la avenida. Condujo su auto a ochenta kilómetros por hora que era la velocidad máxima autorizada. Continuamente miraba por el espejo retrovisor para ver si algún automóvil venía tras de él. Nadie. La primera sensación era la de estar manejando a las tres o cuatro de la mañana como cuando salía de alguna fiesta, pero aún

LA SIESTA

en esos casos siempre había algún que otro automóvil en las vías de alta velocidad. No es posible esta tranquilidad, se dijo, algo debió pasar sin que yo me enterara. Trató inútilmente de encender el radio. Más adelante vio un puesto de periódicos abierto. Bajo corriendo, pues aunque la calle estaba vacía, sabía que estaba prohibido estacionarse en ella. Nadie contestó a su llamado. Sobre la mesa estaban colocados los periódicos pero todos sólo hablaban de una nueva baja del peso, de una crisis entre Egipto e Israel, de la manifestación de estudiantes. Todas noticias sin importancia, por lo menos para él en estos momentos. El recorrido hasta su oficina fue de quince minutos en lugar de los treinta o cuarenta habituales, pero para él significaron siglos. Su atención al principio fue sólo en la búsqueda de otros automóviles o peatones, después de cualquier ser viviente: pájaros, perros callejeros, personas tras las ventanas de los edificios. Nuevamente nada. Puso a trabajar su mente a mayor velocidad que con la que conducía. Lo segundo que pensó, no en balde era un lector fanático de libros de ciencia ficción, fue en un ataque de seres de otro planeta que hubieran destruido todo tipo de vida ¿Pero por qué él estaba ahí? Ya sin importarle una posible multa se estacionó frente a un gran edificio de apartamentos. Se aproximó a la entrada y uno a uno fue pulsando todos los timbres esperando un tiempo razonable para escuchar alguna respuesta. Nuevamente nada. Los dedos de sus manos empezaron a temblarle y un sudor frío corrió por su espalda. Lo del sudor frío lo pensó tratando con todas sus fuerzas de cambiar el rumbo de sus pensamientos. Clásico lugar común, se dijo. El sudor siempre es frío, si hubiera pensado en un sudor hirviente tendría al menos alguna cualidad literaria. Su estado de nervios lo hizo esperar un nuevo dolor en el pecho. Al no sentir nada llegó a la conclusión que lo que pasaba en realidad era que estaba soñando. Imbécil de mí, se insultó, preocupándose de una vil pesadilla. Su puntualidad hizo que subiera al auto para dirigirse a la oficina pero siguió con la idea del sueño. Repitió la maniobra mil veces leída de pellizcarse para comprobar que no estaba soñando. Sintió perfectamente sus uñas clavarse en la piel y el dolor localizado en esa parte que desapareció al abrir la

LA SIESTA

mano. No estaba soñando. Estaba solo en la gran ciudad, solo como nunca antes lo había estado en su vida, ni cuando duró tres días perdido en una selva ni los primeros días de su divorcio en que no quería ver a nadie. En esos casos cuando menos había visto animales o escuchado los ruidos de la calle, de los vecinos. Ahora era diferente. Nadie se movía ni hacía ruido. Encontró una casa con la puerta abierta. Descendió nuevamente del automóvil y sin tocar el timbre se introdujo en ella. Todo estaba en su lugar pero no había nadie. Hasta la jaula de los pájaros estaba desocupada. En ese momento supo que podía entrar donde se le antojase y siempre iba a ser lo mismo. Podía, si se lo proponía, tomar las joyas de todas las casas, de todas la tiendas, llevarse cuadros valiosos, carteras gordas de dinero, muebles o lo que quisiera sin que nadie se lo impidiese. Pero para qué. Qué ganaba con tener millones de pesos o miles de joyas. No había nadie con quien compartir su poder o someterlo a él. De momento la idea le gustó. Él, dueño de toda la ciudad, de sus edificios, parques y tiendas. Como desafío se abrió la bragueta y se puso a orinar a mitad de la calle. Tres minutos después se encontraba en su oficina. Dejo el auto parado con las llaves puestas sin miedo a un robo. Subió por rutina sabiendo que no iba a encontrar a nadie. Revisó sus papeles y los dejó acomodados. Pensó en dejar un recado a su secretaria y en lugar de esto tomó la bocina del teléfono. Por supuesto no funcionaba. Sobre el escritorio estaba colocada la foto de su ex mujer y de sus dos hijos. Se sentó a contemplarla. Fue tomada cuando aún eran felices. Miró después el despacho. Estaba montado a todo lujo. En una pared colgaba su título profesional, ya no con el sencillo marco original sino con uno de finas maderas orientales. Una ansia irresistible lo llevó nuevamente a la calle para acudir a los sitios de la ciudad en que se había desarrollado y que tenían un significado especial para él. Pasó frente a su escuela primaria, después frente a la iglesia donde hizo su primera comunión. Se dirigió a la casa de su primera novia. Por calles vacías y a gran velocidad recorrió los parques en los que jugaba, los cines a los que acudía cuando se iba de pinta, llegó a la zona roja donde perdió su virginidad, pasó por la Prepa y la Facultad de Leyes. Fue al salón donde se

LA SIESTA

servió el banquete nupcial y a la maternidad donde nacieron sus hijos. Recorrió el sitio donde se encontraba su primer departamento de casado y el de su primer despacho de abogado. Fue a la cárcel y a los juzgados, acudió al Club de Golf, pasó frente a los elegantes restaurantes donde solía comer. En ningún sitio se detuvo para pensar si ahí fue feliz o fue donde empezó con sus problemas matrimoniales o a ser una persona importante. Todavía tenía que visitar otros sitios y no tenía ya mucho tiempo. ¿Tiempo para qué? Pensó. Pero no tuvo respuesta. Volando acudió al panteón donde estaban enterrados sus padres, al consultorio del médico que le había curado una gonorrea, al lote de autos donde compró su primer automóvil. No dejó de visitar ninguna casa de sus amigos y alguna de sus enemigos. Fue al banco y a las agencias de viajes. Pasó por otros sitios que no le recordaron nada, pero que de seguro alguna importancia tuvieron en su tiempo, concluyó. No podía esperar, corrió de un lado a otro. Algunos de los lugares fueron vistos por una segunda o tercera vez. Ahora el auto parecía ser autónomo. Sin tocar el volante éste iba de un lado a otro, aumentando cada vez más la velocidad. Por último quedó parado frente a su departamento. Subió lentamente las escaleras, abrió la puerta y fue a tenderse sobre el sofá. Una mano la colocó sobre su pecho, la otra no la pudo ya subir, quedó colgando. Sus ojos permanecieron abiertos.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998